



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 18.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs.—Seis meses 54 rs.—Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Calle de la Congregacion, 1 duplicado, 2.º

Se publica todos los domingos.

Valencia 30 Abril 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.—Seis meses
42 rs.—Un año 80 rs.—Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

Crónica de teatros, por D. Jacinto Labaila.—
Dos círculos: La vida y la muerte, por D. A. F.
Grilo.—Las Magdalenas, por D. Angelino Este-
ller.—Inundacion del Ebro, por D. Eduardo de
Arévalo.—Buques en secciones.—Puente nueva-
mente construido en San Salvador, (Altos Piri-
neos), por D. D. D. Lopez.—Dieu protege la
France: Historia de un Napoleon, por D. Manuel
del Palacio, (continuacion).—Plegaria á la Vir-
gen, (poesia) por Doña Isabel Poggi.—La vejez en
la infancia y vice-versa, (poesia) por D. Luis
Fabra y Cervera.—Lejos de tí, (poesia) por Don
Eduardo Gomez Mazparrota.—Felicidad domésti-
ca, por D. Antonio de Trueba, (continuacion).—
Solucion al geroglífico.

Láminas. El Connector, buque de hierro
de vapor, dividido en secciones.—Puente nueva-
mente construido en San Salvador, (Altos Piri-
neos).—Geroglífico.

CRÓNICA DE TEATROS.

Los recientes acontecimientos que aca-
ban de tener lugar en la Corte, ab-
sorbieren desde entonces de tal modo
la atención del público, que los tea-
tros de Madrid se resienten mucho en la ac-
tualidad de la dominación completa de la
política, á cuyo resentimiento hay que adic-
cionar lo adelantado que se encuentra el año
cómico, pues está espirando la temporada
teatral, que como siempre muere adornada
con festones de rosas y claveles en la tumba
que anualmente le preparan Abril y Mayo.

Estando poco concurridos los coliseos de
Madrid, como consecuencia inmediata de la
falta de público, resulta la falta de obras, por
lo que no es de extrañar que desde nuestra
última crónica hasta la fecha no se hayan
puesto en escena por primera vez mas que un
drama en cuatro actos en Novedades y dos
zarzuelas en el Circo, una en tres actos y
otra en uno.

El drama representado en el teatro de la
plazuela de la Cebada se titula *Los aventu-
reros*, y es original de D. Luis Blanc, el
que fue llamado al palco escénico al final de
los actos tercero y cuarto el día que se es-
trenó. La zarzuela en un acto se intitula *Los
guardias del rey de Siam*, y entretuvo á
la concurrencia. La zarzuela en tres actos
puesta en escena en el susodicho coliseo de-
nominada *Los filibusteros*, cuyo libro es ori-
ginal del Sr. Moreno Gil, cuya música es
del maestro Moderati, y cuyas decoraciones
son debidas al pincel del Sr. Brogaldi, ob-
tuvo un éxito ruidoso y sigue representándose
con el mismo.

Adelina Patti se despidió del público ma-
drileño la noche de su beneficio ejecutando
una variada funcion, compuesta del acto pri-
mero de *La Traviata*, del acto tercero de
Lucia de Lammermoor y del acto segundo de
Elixir d'amore: dicha célebre artista fue ob-
sequiada por el entusiasta público que la es-
cuchó con una lluvia de aplausos, de coronas,
de flores y de versos.

Con este mes finaliza la temporada del
teatro Real, pero poco tiempo carecerán de
oir música italiana los habitantes de Madrid,

pues la empresa de los Campos Eliseos ha
resuelto inaugurar la temporada de verano
en el teatro de Rossini del 8 al 12 de Mayo.

En Metz se ha ejecutado una ópera nueva
del maestro Durutte, titulada *Le violon de
Cremone*, y en Colonia otra de F. Hitler con
el nombre de *Il desertore*.

La compañía de Pamplona dirigida por
D. Julian Romea, ha dado principio á sus
funciones ejecutando *El hombre de mundo*,
que tan inimitablemente representa el célebre
actor.

En el teatro de la Princesa de esta ca-
pital se ha estrenado, á beneficio del Sr. Dal-
mau, la zarzuela en tres actos original del
Sr. Larra, música del Sr. Gaztambide, titu-
lada *La conquista de Madrid*.

Diremos algo acerca de esta novedad
teatral.

La conquista de Madrid es para nosotros
una obra recomendable, porque á su composi-
cion ha presidido el discreto instinto dramá-
tico de un poeta y el tacto especial de un mú-
sico hábil; nos esplicaremos con mas claridad.

Para escribir una buena zarzuela es indis-
pensable que la idea que se elija reuna las
condiciones del género, para que de este
modo el desarrollo natural del argumento, dé
márgen á situaciones líricas, y entrando éstas
en combinacion con el plan, resulten como
nacidas de él produciendo el todo armonioso
del engranaje de la música con la declamacion
y no parches musicales de disonante efecto como
en muchas obras; pues bien, la idea de *La
conquista de Madrid* y el plan desprendido na-
turalmente y sin violencia de la tradicion fa-

bulosa de la Virgen de la Almudena, que se conserva aun en la antigua villa, ha dado márgen á que el Sr. Larra escribiese una zarzuela con novedad, con plan de efecto y musical, y dicho plan ha inspirado al Sr. Gaztambide, música ligera y ruidosa pero de carácter. El primer acto contiene la esposicion, hecha de mano maestra, el juego de los pergaminos del segundo, ingenioso recurso dramático, es de buen efecto, pero sin embargo no produce toda la sensacion á que el recurso se presta, porque el cambio no está egecutado con claridad; cuando llega la situacion no impresion al público lo que debiera, porque el público duda de lo que acaba de pasar, de todos modos el recurso es ingenioso; el tercer acto es de muy buen efecto. Los caracteres están bien diseñados, el plan bien combinado, desarrollándose con naturalidad, únicamente salta de la obra y de la época el ária coreada de Ali, aquella escena no pudo pasar en 1083 entre caballeros castellanos, aquella escena de brocha gorda desdice de todo el resto de la obra, que aunque de aparato y de espectáculo, no es una zarzuela grosera, sino pulida y cuidada con esmero en el fondo y en la forma; aquella escena, lo creemos así, es una transaccion entre el autor dramático y el mal gusto del público, escrita únicamente para arrancar risas y aplausos, pero transaccion hecha á sabiendas; el Sr. Larra que tiene mucho talento no debiera rebajarle para hacerse aplaudir de esta manera; ya que puede conquistar y ha conquistado triunfos legítimos además, en dicha escena, la música tiene todo el aire del ária coreada del segundo acto del *Juramento*, del mismo señor Gaztambide; esto que tomaríamos por plagio, si fuese el *Juramento* de dicho autor, arguye sin embargo, siendo del mismo, pobreza de inspiracion.

Los versos de *La conquista de Madrid* son como de Larra, discretos, poéticos, fáciles y armoniosos; el diálogo tiene todo el encanto que el autor de *La oracion de la Tarde* sabe dar á cuantas obras brotan de su pluma.

No nos estraña el gran éxito que ha obtenido en Valencia la citada zarzuela que á su mérito ha reunido el mérito de la egecucion, pues este año cómico podemos vanagloriarnos de tener en esta capital la mejor compañía de zarzuela considerada en conjunto.

El beneficiado Sr. Dalmau, dice bien y puede ostentar en toda la obra la gran extension de su agradable voz de tenor diseñando bien al castellano Ansurez.

El Sr. Carbonell retrata al vivo al sanguinario Tarph y luce un magnífico trage musulman; en el duo que canta en el primer acto con el Sr. Dalmau, duo de gran efecto, arrancan entrambos justos y nutridos aplausos. La señorita Castro canta con la pasion suficiente para persuadirnos de que representa á la enamorada Zayda.

La señorita Rodriguez nos sorprendió agradablemente diciendo con són todo el dolor de un amor despreciado y con toda la energía del fatalismo oriental, las siguientes quintillas:

Ódiame, yo he de quererte;
Aborreceme, te adoro;
Débil me juzgas, soy fuerte,
Y avara de mi tesoro
Le guardaré hasta la muerte.
Dile al torrente que va
Hirviendo de espuma ya
Que su cariño desandé,
Y el torrente arrollará
Al necio que se lo mande.
Dile al rayo desprendido
Cuando de los cielos baje
Que le detenga, atrevido,
Y verás al que le ataje
En pavesas convertido.
Mi amor no puede cesar;
Y siempre en ti vendrá á dar,
Aun con tu eterno desvío,
Como el arroyo en el rio
Y como el rio en el mar.

La señorita Rodriguez que tanto habia brillado hasta ahora en los tipos cómicos, que tantos aplausos arranca en *El caballero particular* y *La colegiala*, nos mostró en *La conquista de Madrid* una nueva fase de su talento.

El Sr. Fábregas nos encanta cada vez que le permiten los papeles que desempeña desplegar su robusta y fresca voz de bajo, como en el final del segundo acto de la citada zarzuela.

El Sr. Moron, tiene gracia, y nos gusta representando á Ali, si bien creemos que debia corregirse de sus tendencias á lo grotesco, aun á costa de su popularidad.

Creemos que *La conquista de Madrid*, á pesar de lo avanzado de la época, ha de dar todavía bastantes entradas al teatro de la Princesa.

En el Principal se ha egecutado *I Lombardi*, del maestro Verdi, con éxito, aunque no con el que debiera esperarse atendiendo el mérito de la partitura y á la buena egecucion de los que en ella tomaron parte.

El Sr. Diestro ha estrenado para dicha obra un lujoso vestuario, no perdonando gasto ninguno para dar animacion á los teatros de esta capital, esforzándose por complacer al público.

Tambien se ha egecutado otra vez el *Moisés*, á beneficio del simpático barítono señor Várvaro, el que, además de ser aplaudido como los demás que egecutaron dicha partitura, recibió una corona por medio de la que el público le manifestó el aprecio que le profesa.

A la hora en que terminamos nuestra revista venimos de oír por primera vez á la notabilidad musical señora Borghi Mamo, que ha dado en el teatro Principal la primera de las diez representaciones ofrecidas al público, debutando con la *Saffo*, del maestro Pacini.

Cuando la oigamos con mas detencion podremos ocuparnos detalladamente de dicha artista; por ahora únicamente diremos que el público la aplaudió calorosamente haciéndola salir á las tablas, de cuya deferencia participó tambien, con dicha notabilidad musical, la señora Sanchioli en el duo del segundo acto.

Muy pronto tendremos el placer de oír *El barbero de Sevilla*, cantado por la señora Borghi Mamo, que está ensayándose con rapidéz.

JACINTO LABAILA.

DOS CIRCULOS.

LA VIDA Y LA MUERTE.

Como cada individuo tiene sus costumbres adquiridas en este revoltoso centro cada dia mas incomprensible que se llama sociedad, yo tengo tambien las mias; es decir, mis costumbres; costumbres que cualquiera podria tomar por caprichos.

Yo soy estremadamente aficionado á dormir mucho por las tardes. Esto nada importa á la mayor parte de los lectores de *El Museo*. Pero, sin embargo, como no soy el primero en traer á colacion muchas tonterías, porque en este siglo, en que tanto se escribe, es preciso llenar con algo innumerables vacíos, hé aquí la razon por qué yo he querido hablar de mi sueño vespertino.

Hace algun tiempo acababa de despertarme tranquilamente despues con una muger cuyo recuerdo ilumina los negros horizontes de mi vida.

Abrí una de las ventanas de mi habitacion, y en medio de la calle gritaban desaforadamente multitud de niñas pequeñas que, formadas en numeroso círculo, se movian, dando rapidísimas vueltas al rededor de otra jovencilla como de diez á doce años.

Esta niña era rubia, de boquita pequeña, de diminutos piés, de talle que prometia, y de ojos...., no, de los ojos no puedo decir una sola palabra porque los tenia vendados.

De vez en cuando aplicaba una varita pequeña al oído de cualquiera de sus revoltosas secuaces.

—Pis... murmuraba, poniéndose la varilla en los lábios. Dis... contestaba la otra... y... Ande, ande la rueda—replicaban todas las demás, porque la joven cieguilla no habia acertado el nombre de su amiga.

Esta sencilla diversion, como nuestros lectores comprenderán, no dejaba de tener cierto atractivo para el que la contemplaba despues de un sueño agradable, y luchando aun con esa pereza, con ese entorpecimiento de los sentidos, con ese claro-oscuro que duerme ó vela en el cual se encuentra todo el que acaba de dormir.

Yo fijé mis ojos como estasiado en aquel grupo infantil, compuesto de sonrisas, de miradas cariñosas, de pueriles emociones, que son el júbilo de la niñez, y me puse á reflexionar sobre aquella rueda que seguia andando y andando como una máquina de inocentes juegos.

¡La inocencia! la inocencia parecia que no podia estar allí, en aquella cosa que daba tantas vueltas y que tanta semejanza tiene con el mundo.

Sí, el mundo, indudablemente, es la rueda.

Aquella niña descuidada, con los ojos vendados se afana por conocer una de las otras niñas, es el hombre, que, con la venda en los ojos, tambien se lanza en medio de la gran rueda del mundo, llamando en todos los corazones y escuchando la eterna voz que le grita como el eco del *Judio errante*.

—Ande la rueda, ande la rueda, que no acertó.

La rueda de las muchachas no dejaba de moverse.

Ni los clowns del circo de Prisce han saltado nunca mas que aquella numerosa pléyade de graciosas jóvenes.

De pronto, y cuando mas descuidadas estaban las delicadas *parvulillas*, se oyeron en la calle los gritos de una muger que lloraba con toda la amargura de la desesperacion.

Aquella muger era una madre, una madre que acababa de perder repentinamente al compañero de sus dias, y buscaba á la hija de su corazon para que juntas le llorasen.

La pobre hija era justamente la que tenia los ojos vendados en medio del alegre círculo. ¡Hija! ¡hija! gritaba la desgraciada muger al divisar el grupo de niñas. ¡Hija! ¿Dónde estás?

Alií, le respondió una torpe anciana que no comprendió las lágrimas de la madre.

Allí tienes á tu hija, la del pañuelo blanco, la que está riéndose porque no acierta el nombre de sus compañeras.

La inconsolable esposa se precipitó hacia el festivo redondel, y la varita de su hija fue á colocarse maquinalmente en los hombros de la madre.

—Pis... murmuró la pobre niña, y una voz descompuesta por la terrible vibracion de la amargura.

—Ven, le dijo, ven á llorar sobre el cadáver de tu padre, de tu padre que ha muerto sin el consuelo de besar tus lábios por última vez.

Y aquellos ojos inocentes que se habian encerrado entre los pliegues de un pañuelo llenos de serenidad y de alegría, volvieron á descubrirse para fijarse, coronados de lágrimas, en los ojos de una madre desesperada.

La rueda se deshizo como se deshace una bandada de gorriones cuando el astuto cazador mata á uno de ellos.

La niña era muy jóven; pero amaba á su padre con toda la locura de los primeros años,

y aquella muerte repentina hirió terriblemente á su corazón virgen todavía.

Sus compañeras trataron de consolarla; pero todo era inútil.

El juego ha concluido con el llanto, y la calle ha quedado desierta porque todas siguen á la madre y á la hija.

Yo cerré la ventana de mi habitación y procuraba en vano olvidar aquella escena misteriosa de aquella tarde triste; aquel círculo divertido de risas y alegría, y sobre todo, aquella niña vendada que en un abrir y cerrar de ojos había perdido á su padre.

Procuré entablar una conversación muda con mi espejo; y siguiendo mi costumbre de un año porque este es el tiempo que llevo de estar en Madrid, me salí á tomar el fresco por los alrededores de la Fuente Castellana, no sin haberme dado antes mi bañito de prado.

Creo inoportuno advertir á todos mis amigos les iba refiriendo lo que había visto desde mi ventana, y que todos, todos se confundían al meditar sobre el lamentable resultado de aquella rueda pueril.

Pero, sin embargo, como todas las cosas pequeñas y grandes han de tener su antídoto en este mundo, no paró en esto la escena de que venimos hablando.

A los pocos días me salí otra vez á mi ventana, casi á la misma hora de aquella tarde.

Un ruido de músicas fúnebres se escuchaba á lo lejos y no dejaba de llamar mi atención.

El ruido se aproximaba, y entonces oí decir á una vecina mía:

—Oye, mamá, es el entierro de la *gallinita ciega*, de aquella pobre niña tan mona, que jugaba al *corro* la otra tarde frente de nuestros balcones. Ha muerto sin que se pueda adivinar la causa, y dicen que en sus últimos momentos llamaba mucho á su padre.

Mírala, allí viene.

Efectivamente, en medio del círculo de niñas de aquella tarde vi aparecer una cajita blanca como las mejillas de la difunta, que se sonreía con la sonrisa de un ángel.

Aquella rueda de animación, de regocijo y de alegría, se ha trocado en la rueda del sentimiento y de lágrimas.

¡¡Ayer la rueda al rededor de la vida!!

¡¡Hoy la misma rueda al rededor de la muerte!!

Parece que la vida y la muerte son dos ruedas que casi nunca se separan.

Yo, después de lo que había visto, me encerré en mi habitación, y aquí teneis, lectores queridísimos, los apuntes de mis meditaciones.

¿No es verdad que son dos círculos dignos de llamar la atención?

A. F. GRILO.

Madrid.

LAS MAGDALENAS.

No sin emoción profunda, inclinada la cabeza y lleno de amargura el corazón, denunciábamos cumpliendo con un deber grato á la conciencia, uno de los males que mas corroen á la sociedad actual. Esta, eminentemente positivista y amiga de la plástica, apenas se detiene ni aun para compadecer á esas pobres criaturas que no han podido pasar por el fango de una general corrupción sin mancharse como pasa el cisne que hiende las aguas sin mojar sus plumas.

Censura no arrancada por el pesimismo, pues á Dios gracias, ni santificamos el pasado, ni absolvemos el presente, ni idealizamos el porvenir. El mal sigue al bien como la sombra al cuerpo. Y mas que un hecho de la vida humana contrario á la naturaleza del ser, le creemos tan armónico con nuestra esencia, que es una de nuestras mas naturales mane-

ras de existir. Ello no obstante, hemos de confesar que son grandes los progresos de ese cáncer que va creciendo y estendiéndose hasta penetrar en lo mas íntimo del mas retirado hogar; y ante su funesta marcha ni debemos ni queremos callar, pues el silencio parece convenir solo á un gran contento y á una de esas puras alegrías que se traducen únicamente por la trémula lágrima que se agita miedosa en los apenas cerrados párpados del que goza un cielo de felicidad.

El mal reconoce hoy dos móviles, el lujo y la ignorancia; senderos diversos que conducen á un mismo fin, á la depravación, para llegar mas tarde á la impiedad. La ausencia de todo criterio, la falta de esa luz que irradia de una manera luminosa en el mundo de las ideas haciéndonos distinguir lo bueno de lo malo, las nociones de lo justo grabadas en la conciencia, llega á turbar y pierde á esas pobres huérfanas del alma que encierran su vida en una serie cansada de gastadas emociones. Hijas de la miseria, oscurecida su mente, les aturde el presente en el que satisfacen algún goce; pero al volver la vista al pasado, á los tranquilos días de la infancia, á las serenas y placidas horas de su inocencia en que todo les sonreía, deteniéndolas una flor y alegrándolas un pájaro, vacilan y tiemblan como tiembla la gota del rocío que se agita en los rayos del sol.

Las risas y el ruido de las orgías no basta á borrar los puros cuadros de otros días mas bellos para el corazón; en ellas ve, al través de la copa del placer que agota, un sol esplendente que baña risueño un tranquilo hogar, un cielo siempre azul, un ángel que con caricias ardientes y con esos murmurios dulces de los primeros años, adormece á un ser que purifica depositando en su frente un beso de pudor. Rasgado el velo de su castidad, ya no resplandecen en su alma esas sencillas y tiernas afecciones, esos cariños puros, esos sentimientos delicados que nos adormecen en un sueño grato de bienestar. De pérdida en pérdida, de degradación en degradación, vienen á terminar en el mas fatal de los escepticismos, en el escepticismo de los sentidos. Y en este estado lloran ya sin amargura, gimen sin desesperación, sonríen sin placer.

Pobres barquillas abandonadas ya en un mar sin playas, tristes despojos de un brutal deseo que las ondas del tiempo vienen á arrojar sobre la arena del dolor, la existencia de esas criaturas viene á ser un martirio que no comprendemos porque no lo estudiamos. Leed sino en los hundidos ojos de esas hijas del placer; sondead su corazón, estudiad sus pasiones; y después habreis de confesar que si lo inefable y lo angélico no se trasparenta en el rayo de su mirada, se vislumbra un no sé qué de callado sufrimiento y de resignación que llama á sí una lágrima de perdón. En los latidos de aquel corazón que algún día hizo temblar apenas el ligero cenital que la envolvía, comprendereis sino lo santo de sus pasiones, la amargura de su presente y la secreta esperanza de su regeneración.

La palidez de su semblante no oculta los encontrados pensamientos que la devoran. Vuelve la vista, y nada encuentra de lo que amó algún día. Padres, familias, amigos, todo ha desaparecido á su alrededor. Y la que soñó la propiedad de un mundo de dicha y de bienestar, se encuentra sin la propiedad de sí misma, porque al pisar el umbral del vicio ya no se pertenece, es de todo el mundo.

El pobre esclavo del terruño podía amar; pero estas siervas de la prostitución ni aun querer pueden! Si logran salir por un momento del cenagal que las envuelve, es para servir de juguete á cualquiera; ¡solo á este precio compran su manumisión! Y sin embargo, el mal crece y se estiende, tomando nuevas y mas temidas proporciones. El lujo, esa sed ardiente de goces materiales, de vivir en otra espe-

ra, de respirar perfumadas atmósferas, arrastra á innumerables corazones que olvidan que la mas pura y alegre de las felicidades es la de la modesta violeta que se esconde entre la verde grama del florido márgen. Y al creer encontrar la dicha, se despierta solo para tocar la realidad que las señala un número tantos en un establecimiento de caridad, ó alguna mesa de anfiteatro sobre cuya superficie parece leerse la historia del vicio, mil veces repetida, escrita con lágrimas de desengaño y con ilusiones arrancadas del corazón.

El mal crece, pero no es difícil extinguirlo. Una escuela puede borrar diez casas de prostitución. Un pedazo de propiedad salvar cien jóvenes inocentes. Y con instrucción y moralidad se encauzan las costumbres por el camino de la virtud. No es imposible hacer comprender que solo es honrado el pan del trabajo; que solo es tranquila y dulce la felicidad que sentimos estrechando á nuestras esposas é hijos, bendiciendo á nuestros padres.

Si nuestra humilde palabra pudiera tener alguna influencia, diríamos: No maltrateis á esas pobres criaturas. Compadecedlas y levantadlas. Registrad los pliegues de su corazón y aun hallareis pudor; haced llegar, pues, á ellas una mirada de simpatía. El sol brilla también en los lodazales. Puede regenerarse, regeneradla pues. En el mundo no se puede perder ninguna virtud, como no se pierde ningún astro en el cielo.

Y la mujer, el santuario que al profanarse se convirtió en edificio público, podrá aun al espirar bendecir en un canto bañado en lágrimas, á la virtud que compadece y salva. Será la mas dulce recompensa para un corazón honrado.

ANGELINO ESTELLER.

INUNDACION DEL EBRO (1).

La noche del 15 al 16 del mes actual ha dejado tristísimas memorias en la ciudad de Tortosa.

El Ebro que fugitivo pasa bañando sus muros y una estensa hilera de elevadas casas y edificios construidos sobre su márgen, entre los que descuella el palacio episcopal y la aduana, salió de su cauce inundando la estensa campiña donde brillaron al punto errantes y agitadas luces, como seguras señales de que los labradores habitantes de la huerta habían advertido el peligro que se les echaba encima, en las altas horas que necesitan dar descanso á su fatigado cuerpo. El socorro mútuo que los vecinos se prestan en la ciudad, arrabales y huertas, es digno de observarse cuando la marcha turbulenta del río indica que sus afluentes le empujan hacia el mar; pero en medio de la noche es imponente el rugido que forma la corriente al romper contra la esquina de una calle, oír las aldabas cuyo repique sobresalta al que duerme, aumenta el pavor del que consternado se dispone á salvar lo que pueda ser presa de las aguas, aturde al que despertado asoma soñoliento á la ventana de su morada circunvalada por el río, mientras cauteloso se estiende proyectando un nivel perfecto sobre una estensa superficie.

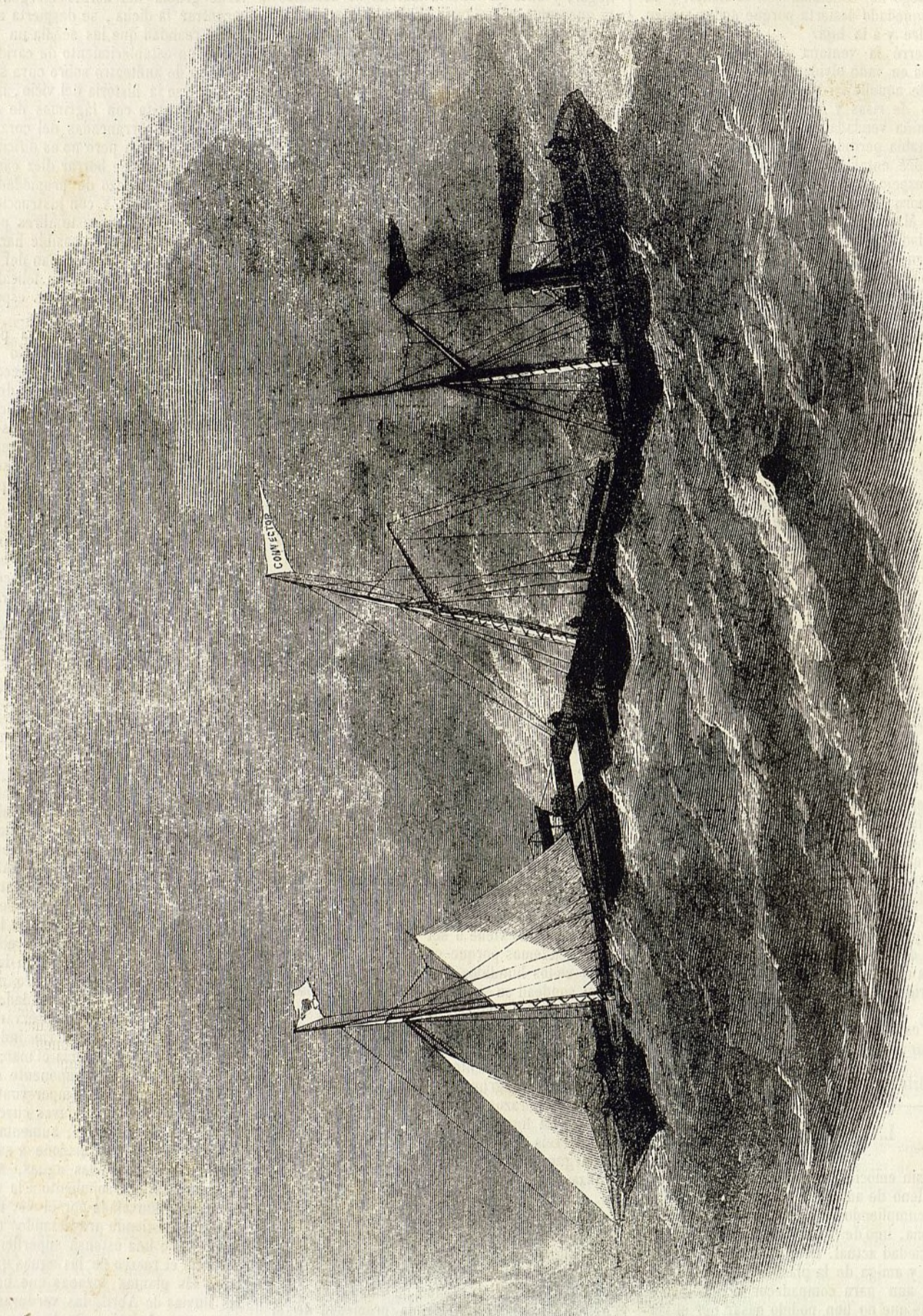
Bajo el rasero de las aguas quedan sepultadas las plantas lozanas que habían recibido las lluvias de Abril, las verduras que forman gran parte de la riqueza de este suelo, los trigos que se erguían dispuestos á ofrecer la abundante y rica cosecha de sus espigas, y los capullos de las flores que asomaban para desplegar sus pintadas corolas en el próximo Mayo.

(1) Este artículo es debido al cronista de Tortosa señor D. Eduardo de Arévalo, el cual creemos será leído con gusto por nuestros suscritores por los interesantes detalles que contiene.

Las pérdidas han sido incalculables, sin que hasta ahora se tenga noticia de desgracias personales, ni se sepa que los grandes depó-

sitos de aceite acopiado hayan sido invadidos, aunque lo primero es debido á la Providencia que vela incesantemente por la vida de los que

se duermen tranquilos sobre un abismo, y lo segundo que ocasionaria la ruina de muchas familias, ha podido evitarse acudiendo todos



EL CONNECTOR, BUQUE DE HIERRO DE VAPOR DIVIDIDO EN SECCIONES.

los almacenistas al arrabal de la Cruz, donde están contruidos bajo tierra los trojes (*trulls*) calafatando y cerrando la tapa de cada uno herméticamente con estopa, alquitran y cemento romano.

El día 16 habían subido ya las aguas 6 metros 40 centímetros, sobre el estiage ordinario del Ebro; los partes telegráficos de las

autoridades de Zaragoza y Lérida anunciaban que era de temer una avenida extraordinaria; el cielo encapotado derramaba abundante lluvia casi en toda la estension que recorre el río, desde la capital del reino de Aragón hasta el Mediterráneo, y se temía que las tijeras de madera del puente de barcas flotante no alcanzasen á sostenerle en su violenta elevacion.

A primera hora de la tarde se esparció la noticia de que se hallaba en inminente peligro la vida de dos molineros, padre é hijo, que se habían acogido á la copa de un álamo rodeado de agua y espuesto á ser arrebatado por la corriente, mas precipitada en aquel sitio denominado el *Torrent*, porque desemboca un barranco impetuoso como un torrente. Llegó la

noche sin haber conseguido la salvacion de aquellos desgraciados, y como en tan críticos momentos acababa de presentarse el Gobernador civil de la provincia de Tarragona, partió el mismo con el oficial de la Guardia civil, algunos marineros y diferentes personas á prestarles el auxilio que tan justamente recla-

maban, habiéndolo alcanzado despues de muchas tentativas, así como los demás que habian permanecido refugiados en el molino.

Al siguiente día el nivel del Ebro señalaba un descenso de la mitad de un metro, pero verificado con tal lentitud que, no obstante los días trascurridos hasta la fecha, se sostiene á

la altura de 5 marcado en la escala Ebro-métrica, mientras una lluvia abundante y continua dá mas sombrías tintas al cuadro que representa esta comarca trasformada en un lago de inmensa superficie, sobre la que pesa una verdadera calamidad que en pocas horas ha destruido el bienestar de muchas familias, ha



PUENTE NUEVAMENTE CONSTRUIDO EN SAN SALVADOR (ALTOS PIRINEOS).

paralizado la navegacion fluvial y marítima, ha entorpecido la importante y activa ocupacion del comercio, ha trastornado la marcha magistosa de la agricultura, y ha perturbado en fin la tranquilidad del vecindario, sin que por falta de datos se pueda asegurar, como de público se dice, que ha sufrido grandemente el canal que proporciona riego á los terrenos del

Delta del Ebro, en cuyo caso el siniestro alcanzaria á los arrozales y aumentaria mucho la cifra de millones arrasados por la corriente.

Hasta que el cielo se apiade de los habitantes del valle del Ebro, que han invocado su misericordia en las solemnes rogativas celebradas en la santa iglesia catedral de Tor-

tosa, durante tres días consecutivos, no puede hacerse una narracion exacta y estensa de los estragos que han puesto á prueba el reconocido sufrimiento de aquellos, ni sabe detallar estos miseros días de consternacion que formarán otra época calamitosa en los fastos de esta ciudad. Tortosa 22 de Abril de 1865.

EDUARDO DE ARÉVALO.

BUQUES EN SECCIONES.

Hace algun tiempo que llama en Inglaterra la atencion de las personas aficionadas á los adelantos náuticos, el nuevo sistema de buques articulados ó fragmentados (perdónesenos esta palabreja) cuyo invento tiene por objeto facilitar el comercio marítimo de cabotage, dejando en cada puerto un fragmento ó seccion del buque, para su carga y descarga, y continuando el viaje sin detencion.

Al principio se creyó que esta clase de buques serian propios para la navegacion por rios ó lagos, pero que no podria aplicarse á la navegacion marítima, porque la division del buque en fragmentos debilitaria la resistencia del mismo y no podria resistir un fuerte temporal. Pero el *Connector*, que es el buque de vapor articulado, con casco de hierro, que representa el grabado que hoy publicamos, ha venido á disipar estas dudas, pues navega felizmente en las aguas mas revueltas. Consta este buque de varias secciones, cada una de las cuales es un buque perfecto, con aparejo de vela, y en la primera de ellas está la máquina que hace el oficio de remolcador. Las secciones ó fragmentos están unidas por medio de *acoplos*, y cinco minutos basta para separarlas ó unir las. No necesitamos encarecer las ventajas que para el tráfico en escalas tienen estos buques, que tanta rapidéz pueden dar á las operaciones comerciales.

PUENTE NUEVAMENTE CONSTRUIDO

EN SAN SALVADOR,

(ALTOS PIRINEOS.)

De la multitud de bellísimos y pintorescos sitios que á cada paso se encuentran en los Pirineos, San Salvador, sin contradiccion, es uno de los mas deliciosos.

Dejando á mano izquierda el camino de Gavarnie, y despues de haber atravesado el *Puente de mármol* construido tambien últimamente sobre el Gave, que desciende hácia Pau, y cuya altura es de cerca de 700 metros, se vé delante de sí apoyada, en una espesa cortina de verdura, la graciosa aldea de San Salvador.

El grabado que hoy publicamos puede dar á nuestros lectores una ligera idea de tan encantadora situacion. Se comprende muy fácilmente que los turistas abundan mas cada un año, y no consientan en abandonar tan pintoresco sitio, sino obligados por los rigores del invierno.

Mr. Marx, editor, ha publicado en Pau una magnífica coleccion de vistas de los Pirineos; y la del puente de San Salvador, obra de un fotógrafo inglés, Mr. Maxwell Lyte, es una de las mas bellas. Mas bien que obra fotográfica parece un bellísimo cuadro.

D. D. L.

DIEU PROTEGE LA FRANCE.

(Historia de un napoleon.)

(Continuacion.)

Salí, pues, á la calle, bien armado de gaban y paraguas, y con andar ligero me encaminé hácia la Puerta del Sol.

No me he explicado nunca la causa, pero me gusta un dia lluvioso, sobre todo en Madrid, donde el agua no es un obstáculo para que se ande, se visite, se pasee; sino que es al contrario, un aliciente para los aficionados al bello sexo, y para aquellos que gozan con las interioridades.

Seguí, pues, mi camino casi alegre, sin acordarme del porvenir, y sin mas pensamiento que el de satisfacer del mejor modo posible mi singular capricho.

Serian las once, cuando llegué á la calle de la Montera; las tiendas estaban cerradas en su mayor parte, y nada veia en las demás cuya compra pudiera halagarme; pensé almorzar; pero era demasiado temprano, y por otra parte esto no llenaba mi deseo; necesitaba reflexionar, y para hacerlo con mas recogimiento, entré en la Iglesia de San Luis.

El templo estaba lleno, se habia empezado la misa, y un débil resplandor iluminaba la nave y las galerías paralelas; cerré por un momento los ojos, y al abrirlos pude distinguir cerca de mí dos señoras que oraban, al parecer, con gran fervor.

Llegó la hora de arrodillarse, y lo hice á su lado; al levantarnos, una de ellas se apoyó en mí distraida, pero conociendo al punto su error, se volvió murmurando:—Usted dispense, caballero.—No hay de qué, señorita, contesté en seguida. Me miró con dulzura y nada mas.

Salimos de la iglesia juntos, y la lluvia continuaba; hubiera sido grosero en mí no ofrecerles el paraguas; se lo ofrecí al bajar la escalinata, y aceptaron aunque con trabajo.

Pero esto no era bastante. Yo necesitaba gastar mi napoleon; habia salido de casa con este objeto, y la ocasion me parecia digna. En otro momento, quizá hubiera vacilado; en aquel retroceder equivalia á un crimen.

Tendí la vista en derredor, y ví parada á pocos pasos una modesta carretela con número, aunque sin rótulo de alquiler. Hice una seña al cochero que sonrió estúpidamente por toda contestacion, y que solo se aproximó al verme acompañado de mis dos desconocidas, lo cual atribuí á un deseo inmoderado de propina. Abrió por fin la portezuela, y una vez colocadas las señoras, me dispuse á subir al pescante, en tanto que ellas daban al auriga las señas de su habitacion. No me fue posible realizar mi propósito; al poner el pié en el estribo una voz dulce como la brisa, llevó hasta mi oído estas palabras:

—Caballero, la galantería de usted merece mas alta recompensa. En un carruaje de cuatro asientos bien podemos ir tres con comodidad. Creo inútil decir el entusiasmo y la alegría con que fue admitida por mí semejante oferta.

El coche partió á escape por la calle de la Montera, subió por la de Fuencarral, torció por la del Desengaño, y despues de algunas vueltas, paró delante de una magnífica casa en la calle del Pez.

Habia llegado por fin la hora deseada; mi napoleon iba á pasar á manos del cochero que me daría un millón de gracias, y mi desconocida jóven, pues se me ha olvidado decir que la otra era vieja, y con trazas de ama de gobierno ó cosa parecida, iba á añadir este rasgo de generosidad á mi noble accion. Toda una eternidad de amor y de delicias se desarrolló ante mis ojos, del mismo modo que se desarrolla ante los del admirado espectador el inmenso lienzo del Misissipi.

¡Una conquista! y por 19 rs.! tanto gozo me aniquilaba; era mas de lo que pude nunca ambicionar.

¡Oh! ¡vanidad humana!

II.

Retrocedamos.

He dicho que el carruaje se detuvo en la calle del Pez, pero necesito indicar lo que sucedió en el camino.

Ya instalados los tres en la carretela, pasaron algunos minutos en el mayor silencio; no se oía en el interior mas ruido que el de las gotas de lluvia que se quebraban en los cristales, y el martilleo de las ruedas que gi-

rabán con una rapidéz no consentida por los bandos de buen gobierno, pero no por eso menos natural.

Era preciso decidirse á salir de aquella inmovilidad, y me decidí.

—Señorita, murmuré por lo bajo, y no sin alguna turbacion; quizá habré parecido á usted un atrevido; quizá no debí ofrecerla mas que mi paraguas, pero la casualidad de haber hallado este carruaje tan á punto.....

—En efecto, es casualidad que haya sido éste, pero no insistamos en eso; al aceptar su cortés ofrecimiento, no he hecho mas que corresponder á un acto de galanteria con otro de bondad, y si le he exigido que me acompañe es para sacarle de un error, y probarle cómo recompenso hasta los mas pueriles beneficios.

—Agradezco lo último, y me resigno á lo primero; error ha sido y grande haber yo pensado, señora, conquistar un corazon por medios tan vulgares; mas pongo á Dios por testigo de que yo aceptaria cualquiera, por arriesgado que fuese, siempre que lograra conducirme á ese fin.

—Caballero, es una declaracion en regla la que usted me hace, y todavia creo que no nos conocemos lo suficiente para que podamos hablar con seriedad de ciertas cosas; yo no he visto á usted hasta hoy en ninguna parte, y usted es probable que ignore quién soy, y cómo me llamo....

—Si tuviera la felicidad de saberlo....

—¿Por qué no? un nombre pocas veces vale la pena de ser ocultado; el mio es, Camila Sandoval.

(Advierto entre vosotros esos síntomas que caracterizan la duda; reid cuanto querais, pero os advierto que mi narracion está justificada con pruebas.

—A ver, á ver, gritaron en coro los oyentes.

—Silencio, perjuros; los comprobantes se presentarán al final. Continúo:

Tantas y tan repetidas muestras de deferencia exigian de mi parte una absoluta confianza. Entonces le conté mi historia, mi posicion, mis sueños, y ella lo escuchó todo con alegría, con curiosidad, casi con interés. Desde aquel momento la conversacion se animó, reímos, fumamos (fumé yo solamente, pero ella se resignó á sufrir el humo), y cuando llegamos á su casa, ya sabia yo que tenia veinte y cuatro años, que era viuda, que su marido habia muerto en un desafío, que fue un calavera, y que ella no respetaba mas autoridad que la de una tia que la habia educado, y la de la buena vieja que la acompañaba, y que se hubiera dejado matar por su señorita.

Esto era lo que habia sucedido cuando paró el coche en la calle del Pez.

Lo confieso con orgullo; en aquel instante, mis ojos estaban fijos en Camila, pero mis dedos apretaban convulsivamente el napoleon.

Creí morir de gozo al dar la mano para bajar á mi nueva amiga, y ver en pié junto á la portezuela la figura estúpida del lacayo, que me miraba con una atencion tan impertinente, como si quisiera sondear todas las profundidades de mi bolsillo.

Y es que un napoleon es quizá la realidad de muchas esperanzas, el consuelo de muchas aflicciones, la base de muchas fortunas.

Yo lo creia entonces como vosotros; yo tambien me figuraba que el dinero era la felicidad, y hubiera cambiado toda la gloria del capitán del siglo, por un solo de sus retratos, los cuales adoraba en secreto, aunque este amor fuera pocas veces correspondido.

¡Un napoleon! hay en Madrid muchas virtudes que se venden por poco mas; muchos aduladores que se compran por algo menos; muchos títulos que se alquilan si lo reciben al contado, y muy pocos corazones que no sacrifiquen al deseo de adquirirlo, lo mismo la

ilusion de la infancia que el prestigio de la ancianidad; lo mismo el pedazo de la vida, que se llama esperanza, que el pedazo de la conciencia, que se llama honra.

Pronto vereis si he hecho mal al cambiar de opinion.

(Se continuará.)

MANUEL DEL PALACIO.

PLEGARIA Á LA VÍRGEN.

Escucha, Madre mia,
Mi fervida plegaria!
Hoy triste y solitaria
Doliente llevo á tí.
Mis ayes de agonía
Disipa, Virgen santa!
Mitiga pena tanta
¡Oh! ten piedad de mí!

Escucha: yo inocente,
Virtudes adorando,
Su hechizo fui buscando;
¡Y hallé solo maldad!
Soñaba dulcemente
De amor santa ventura;
¡Y hallé solo amargura!
¡Y hallé solo horfandad!

Aquí faláz el hombre
Destruye inicuamente
La aureola refulgente
Del puro corazón!
De fe mintiendo nombre,
Brotar si mira un llanto,
De triunfo emite un canto
Por dar una oración!

Piedad, Virgen amada,
Con fe mi lábio implora,
Pues del que triste llora
Tú calmas el gemir,
Y el alma desgarrada
Con impetu iracundo
Dejóme audáz el mundo,
Mi gloria al descubrir!

Sé Tú, Virgen piadosa,
Amparo de mi alma!
Devuélveme la calma,
Que el mundo me quitó!
Envía bondadosa
Tu celestial consuelo,
A la que en triste anhelo
¡Oh, Virgen! te invocó!

ISABEL POGGI.

LA VEJÉZ EN LA INFANCIA

y vice-versa.

I.

Rinde tributo el hombre á la inconstancia,
Y tras mágico afán camina inquieto;
Yo prueba de esto soy, que allá en mi infancia
Quise ser hombre y conseguí mi objeto.

¿Qué es la vida? me dije en mi delirio:
Informe union de dicha y padecer.
Sino alcanzo la palma del martirio,
La copa apuraré de los placeres.

Y ansiosa de gozar el alma mia
Libre ya de quiméricas prisiones,
Eché á volar mi ardiente fantasía
Por un mundo poblado de ilusiones.

Si cual rugiente mar se desataba,
Aunque marino débil é inesperto,
Su atronadora voz no me arredraba;
Pues tras la sirte divisaba el puerto.

Y osado, audáz, en mi insensato orgullo,
Desoí la virtud y la inocencia,
Que de la orgía al infernal arrullo
Los gritos acallé de mi conciencia.

Hollé á mi paso las fragantes flores,
Vendí de la amistad el tierno afecto,
Y adormecido en lúbricos amores,
Desprecié á la muger cual vil insecto.

Ni el aura me halagó de los jardines,
Ni el rumor del arroyo que suspira,
Y juzgué entre el vapor de los festines
Ficción el llanto, y el dolor mentira.

Ebrio de goces, apuré sin calma
La copa del placer hasta las heces;
Mas ¡ay!... que en su delirio agotó el alma
El cáliz del dolor también con creces.

¡Por vez primera sorprendiome el llanto,
Y hallé en mi corazón hondo vacío!
Y tras nuevas delicias, nuevo encanto,
Voló ya en vano el pensamiento mio.

Ante el espejo de cristal luciente
Vi al contemplar mi faz alegre un día,
¡Que una arruga ocultaban en mi frente
Blancos cabellos cual la nieve fría!

Librarme quise de mentidos lazos;
Cojí con rabia el miserable espejo,
Y en tierra lo deshice en mil pedazos;
Pues siendo niño me juzgó ya viejo.

II.

Del mar rugiente la feraz ribera,
Holló por fin la planta del marino,
Y del desierto la gentil palmera
Protegió con su sombra al peregrino.

En el tranquilo hogar de la familia,
Volví á encontrar la paz y bienandanza;
Que allí el dolor con el placer concilia,
Quien vislumbra en su ocaso una esperanza.

Del amor conyugal los tiernos lazos,
Me hicieron olvidar tristes escesos;
Y al contemplar á un hijo entre mis brazos,
Su frente virginal cubrí de besos.

Si me olvidé del Dios á quien tributo
Rinden la flor y la orgullosa palma,
Entonces le ofrecí libre de luto,
Aquel hijo de amor, prenda del alma.

Y le elevé plegaria fervorosa,
Cual sin cesar repite el aura leda
Que murmura en la selva silenciosa,
Y el ave que suspira en la arboleda.

Aunque á mis ojos asomaba el llanto,
De mi presente dicha era testigo;
Y por fin estreché con dulce encanto
La mano del hermano y del amigo.

Y lamenté mi juventud perdida
Entre artificios de voluble suerte;
Y al verme en el ocaso de la vida,
Libre de espanto contemplé la muerte.

Ante un espejo el tembloroso anciano
Quiso admirar su postrimer destello;
Y... ¡oh dulce realidad! exclamé ufano;
Aun luce entre mis canas un cabello.

Cojí el limpio cristal y en mi alegría,
Lo estreché sobre el pecho con cariño,
Que él la verdad desnuda me decia;
Pues siendo viejo me juzgaba aun niño.

LUIS FABRA Y CAVERO.

LEJOS DE TI.

De la ausencia fatal en el desierto,
Triste, solo y cansado caminante,
Mi corazón para el placer ha muerto;
Vive para el dolor y vago errante.

Sin encontrar en mi árido camino,
Ni fresca fuente, ni apacible sombra,
Erizadas espinas el destino
Hace que sirvan á mis pies de alfombra.

El mundo es para mi lúgubre osario
Do el frío viento de la muerte zumba;
El azul de los cielos un sudario,
El mar cerúleo gigantesca tumba.

De las aves los trinos seductores
Cantos de muerte son al alma mia,
Ni aroma tienen las marchitas flores,
La noche estrellas, ni esplendor el día.

Y la pude dejar! siendo tan bella,
Débil la nave, y la borrasca mucha,
El marinero abandonó á su estrella,
Y en el mar del dolor infeliz lucha.

Contempla de la nave los despojos,
Y ve el abismo que la amaga abierto,
Y el sol la falta de tus negros ojos
Para arribar al suspirado puerto.

Angel que triste en el retiro exhalas
La queja del amargo desconsuelo,
¿Para qué quieres tus brillantes alas?
A mí dirige tu callado vuelo.

Que de tus ojos en la llama ardiente
De mi dicha se esconde el paraíso,
Sobre tu pecho adormiré mi frente,
¡Nunca cual hoy mi corazón te quiso!

¡Ay! si nos unen del amor los lazos
Y es la ausencia mi triste desventura,
Ven, ángel mio, lloraré en tus brazos,
Y en placer trocaremos la amargura.

Entonces ¡ay! entonces ¡cuán suaves
Al apagar el sol sus luces bellas
Serán los cantos de las tiernas aves,
Cuán hermosas la noche, y las estrellas!

De la luna los lánguidos destellos
Y nuestro dulce razonar de amores,
Para nuestras dos almas ¡oh cuán bellos!
¡Cuán gratos los perfumes de las flores!

En tanto que ella viene, auras ligeras
Envolved con aromas mi suspiro,
Y llevadle, llevadle placenteras
Cual recuerdo de amor á su retiro.

Y tú, mi amigo, ruiñeñor amante
Que sorprendiste mi abrasado lloro,
Con melodiosa voz, bardo galante,
Dile al morir la tarde que la adoro.

Dile que ansío con afán ardiente
Destrenzada mirar su cabellera,
Y que en sus ojos y querúbea frente
La dicha retratada ver quisiera.

Mas ¡ay! ausente de su Enrique llora...
Cuando el dolor su corazón taladre,
Virgen del sin amparo defensora,
Madre del Hombre Dios, sé de ella madre.

EDUARDO GOMEZ MAZPARROTA.

Gandia 27 de Julio del 60.

FELICIDAD DOMÉSTICA.

(Continuacion.)

El bulto se acercaba ya á la era; pero como iba oscureciendo ya, no se distinguía si era racional ó irracional.

Pronto desaparecieron las dudas y á Santiago le volvió el alma al cuerpo, porque inmediatamente se oyó la temblorosa y cascada voz de la tía Gaceta, que decia:

—Buenas noches os dé Dios, hijos.

—Buenas las hacia, tía Gaceta, contestó Juan con despego.

—¡Canario, tía Gaceta, qué susto me ha dado usted! dijo Santiago.

—¿Qué me habias tomado por la fantasma que te salió la otra noche tras de casa de Pepe Berrinche?

—¿Y quién le ha dicho á usted, tía bruja, que me salió allí la fantasma?

—Las brujas lo sabemos todo.

—Pues entonces ya podia usted decirme qué me queria la fantasma.

—La fantasma no te queria á tí, que queria á cierta rosa que trepa á la tapia del jardín de los Berrinches.

—¡Canario, no diga usted eso, tía Gaceta!...

—Hijo, tú me preguntas y yo te respondo; pero ya que te incomodas, hablemos de otra cosa, que en este mundo el que mas ignora menos llora.

—Pero diga Vd. ¿la fantasma buscará rosas y encontrará espinas?

—Es verdad que en los rosales no hay rosa sin espinas, pero tampoco hay espinas sin rosa.

—¡Miente usted como una bribona! exclamó

Juan interrumpiendo indignado á la tia Gaceta á pesar de su habitual longanimidad, por la propension de la vieja á meter el cisma en todas partes. En los rosales hay á veces espinas sin haber rosas.

—¡Adios, ya saltaste tú!

—Salto porque es una iniquidad el que usted que está con un pié en la sepultura, en lugar de pasar el tiempo encomendándose á Dios, le pase metiendo guerra entre los que viven en paz.

—Quiero abrirle los ojos al muchacho para que no salga un tonto como tú, que por todo pasas y si tu muger te dice...

—Tia Gaceta, no tome usted en boca á mi muger, porque salimos mal...

—Bueno, hijo, bueno, no la tomaré, y si te salvas comulgando con ruedas de molino, buen provecho te haga...

—Calle usted, lengua de vivora...

—Ya me callo, hombre, ya me callo... Hijo, con este bochorno vengo ahogadita de sed. Si tuvierais por ahí una pintita de vino...

—Cerca está la fuente.

—¡Ay! no me atrevo á beber agua, que puede hacerme daño.

—Pues beba usted rejalgando de lo fino.

—Calla, mala lengua.

—¡Quién habló que la casa honró!

—Juan, respeta á los ancianos...

—Usted no es anciana: es vieja, que es cosa muy distinta.

—No desprecies las canas...

—Las de Vd. no son canas; son pelo que es cosa muy diferente.

—Vamos, no pongas mala cara ya que Dios te ha dado buen corazon. Si teneis por ahí la bota, dame una pintita de vino, que me voy á acostar porque vengo rendidita.

Juan tomó una bota que estaba bajo una espuerta á un extremo de la era.

—Tome Vd., á ver si revienta, que al fin y al cabo siempre se ha de salir Vd. con la suya, dijo alargando á la vieja la bota.

La tia Gaceta no acertaba á quitarse la bota de la boca.

—Caramba, suelte Vd., dijo Juan quitándosela, que se queda Vd. dormida como niño con la teta.

—Vaya, hijo, muchas gracias, y que descanseis.

—Vaya Vd. con Dios, y la del humo.

Hacia la fuente se oyeron pisadas de caballerías y poco despues un «¡sóo, caráspita!» en el que Juan y Santiago conocieron al tio Geromo.

—Tio Geromo, ¿es Vd.? preguntó Juan.

—¡Hola, Juan y la compañía! Buenas noches.

—¡Viene Vd. ahora de Madrid?

—Sí, y voy á dar de beber á las caballerías

porque venian sudando al pasar el Jarama y no las he dejado beber allí.

—Bien hecho.

La tia Gaceta que se acercaba á la fuente metió baza en la conversacion:

—Tio Geromo, guarda la bolsa y habla á la gente.

—¿Qué, andan brujas por aquí?

—Sí, brujas y duendes que todo lo saben y á pesar de eso tienen que hacerte una preguntilla. ¿Has llevado trigo á Madrid, no es verdad?

—Sí que lo es, ¿pero á Vd. qué le importa?

—El que pregunta no yerra. ¿A cómo has vendido el trigo, á 40 ó á 42?

—¡Tia Gaceta! exclamó el tio Geromo poniéndose de repente hecho una furia, no me tiene Vd. la paciencia, que voy á hacer el mejor dia un disparate.

—¿Pero no ves, Juan? dijo la tia Gaceta volviéndose hacia los de la era, ¿no ves qué genio tienen todos los de cá los Berrinches? Parece que le he llamado al tio Geromo perro judío, porque le he preguntado si ha vendido el trigo á 40 ó á 42.

—¡Tia Gaceta, que me voy á perder!!... gritó el tio Geromo cada vez mas furioso.

—Vamos, vamos, tio Geromo, dijo Juan en tono conciliador, no sea Vd. así, que no es para enfadarse el que la tia Gaceta le pregunte si ha vendido el trigo á 40 ó á 42....

—¡Juan, tú tambien te quieres divertir conmigo! exclamó el tio Geromo balbuciente de cólera.

—¡Canario! dijo Santiago, si viene Vd. de mal humor de Madrid, pegue con una esquina y no con los que le preguntan si ha vendido el trigo á 40 ó á 42...

Al oir esto, ya la cólera del tio Geromo no tuvo limites, y se exhaló en un torrente de denuestos contra el pobre Santiago que, como Juan, no sabia á qué atribuir el mal efecto que aquella inocente pregunta causaba en el tio Geromo.

Este abandonó la fuente desahogando su rabia en las pobres caballerías, y poniendo á Santiago y á Juan de brutos é insolentes que no habia por dónde cojerlos, y á la tia Gaceta de bruja y bribona y borracha que no habia por dónde echarle mano.

Juan y Santiago estaban ya echando cálculos sobre la tardanza de la Mariquita en volver con la cena, cuando la Mariquita apareció trayendo en un brazo la niña y en el otro una cesta de asa, de la cual se exhalaba un olor cillo capaz de resucitar á un muerto.

—Anda, anda muger, dijo Juan, que tenemos ya las tripas como cañon de órgano.

—Calla, hombre, contestó la Mariquita, que vengo dada á Belcebú, Dios me perdone.

—Pues ¿qué te ha pasado?

—¿Qué me ha de pasar? Que dejé á medio dia en el vasar, partiditas y todo, una docena de magras tan ricas para freirlas con tomate, y el Morroño se las ha merendado todas... Vamos, si me va á quitar á mí la vida ese animal. El mejor dia le mato.

—Verás qué estofado tan rico hacemos mañana con él.

—¡Sí, por supuesto!

—De esta no se escapa.

—¡Ay mi gato! No me dá la gana.

—Que no sea ladron.

—Toma, el animalito de Dios, ¿qué ha de hacer, si es gato?... El nombre lo dice.

—Tienes razon. Quien

tiene la culpa de que el gato se haya manducado las magras no es el gato, que eres tú que las dejaste en el vasar.

—Justamente. Ríñeme, que muy bien lo merezco.

—¿Y con reñirte volverán las magras al vasar? Mira, en lugar de reñir veamos de olvidarnos entreteniéndonos en paz y gracia de Dios con sus sustitutas.

—No son sustitutas, que son sustitutos.

—¡Hola, hola, huevos con tomate? Bien vendidos sean. ¿Santiago, qué dices tú de esto?

—¿Qué he de decir? que ahora que se habla de huevos, me acuerdo de un lance que pasó un dia que estaba yo trabajando á jornal en la huerta de Pepe Berrinche.

—Ea, pues cuéntale mientras damos fin al contenido de esta fuente y vemos si la tia Gaceta no nos dejó pez con pez la bota.

Mientras Juan va por la bota, la Mariquita aparta dos cucharadas en una taza y guarda la taza en la cesta.

—Ea, dijo Juan alargando la bota á su muger, que á su vez se la alarga á Santiago y este á Juan, preparémonos con un buen latigazo. ¿Qué es lo que hubo en casa de Pepe Berrinche? Siempre seria alguna pelotera de las que son el pan nuestro de cada dia en aquella casa.

—Cabalmente.

—¡Válgame Dios, esclama la Mariquita, que Pepe y su muger no han de estar en paz un solo dia, cuando podian vivir en la gloria siendo como son ricos, siendo como son buenos y queriéndose como se quieren!

—Canario, eso es lo que dice la Rosa, y digo yo y dice todo el mundo.

—¿No sabeis en qué consiste eso? consiste en que el hombre equivoca la media naranja cuando busca muger. ¿No sabeis vosotros el cuento de las medias naranjas?

—Yo no, contesta Santiago.

—Ni yo tampoco, añade la Mariquita.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

Por todo lo no firmado,
LUIS FABRA Y GAVERO.



Á NUESTROS SUSCRITORES DE MÉJICO.

Nuestros Administradores generales en dicho punto son los SRES. MORALES y BAXÓ, en cuya casa se harán las oportunas reclamaciones y pagos de suscripcion.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Roma no se tomó en un dia.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.

GEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.